

LA QUINTA MONTAÑA

Una novela sobre lo inevitable

PAULO COELHO

Este libro fue pasado a formato Word para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN

Para descargar de Internet: Biblioteca Nueva Era
Rosario – Argentina

Adherida al Directorio Promineo

FWD: www.promineo.gq.nu

NOTA DEL AUTOR

EN MI LIBRO EL ALQUIMISTA, la tesis central está en una frase que el rey Melquisedec dice al pastor Santiago: «Cuando quieres alguna cosa, todo el Universo conspira para que la consigas».

Creo absolutamente en esto. No obstante, el acto de vivir el propio destino incluye una serie de etapas que exceden en mucho a nuestra comprensión, y cuyo objetivo es siempre reconducirnos al camino de nuestra Leyenda Personal; o hacer que aprendamos las lecciones necesarias para cumplir el propio destino.

Pienso que puedo ilustrar mejor lo que digo contando un episodio de mi vida.

El día 12 de agosto de 1979 me fui a dormir con una única certeza: a los treinta años de edad estaba consiguiendo llegar a la cumbre de mi carrera como ejecutivo de una firma discográfica. Trabajaba como director artístico de la CBS de Brasil, acababa de ser invitado a ir a los Estados Unidos a hablar con los dueños de la empresa discográfica y, seguramente, ellos pensaban darme todas las posibilidades para realizar todo lo que deseaba hacer en mi área. Claro que mi gran sueño —ser un escritor— había sido dejado de lado, pero ¿qué importaba eso? Al fin y al cabo, la vida real era muy diferente de lo que yo había imaginado; no había lugar para vivir de la literatura en el Brasil.

Aquella noche tomé una decisión, y abandoné mi sueño: era preciso adaptarme a las circunstancias y aprovechar las oportunidades. Si mi corazón protestara, yo podría engañarlo, haciendo letras de canciones siempre que deseara y, de vez en cuando, escribiendo en algún periódico. Por otro lado, estaba convencido de que mi vida había tomado un rumbo diferente, pero no por esto menos excitante: un futuro brillante me esperaba en las multinacionales de la música.

Cuando me desperté, recibí una llamada telefónica del presidente de la empresa discográfica: acababa de ser despedido, sin mayores explicaciones. Aunque llamé a varias puertas durante los dos años siguientes, nunca más conseguí un empleo en ese campo.

Al terminar de escribir La Quinta Montaña, me acordé de este episodio, así como de otras manifestaciones de lo inevitable en mi vida. Siempre que me sentía absolutamente dueño de la situación, pasaba algo que me derribaba. Yo me preguntaba: ¿por qué? ¿Estaré siempre condenado a acercarme, pero jamás a cruzar la línea de llegada? ¿Será que Dios es tan cruel como para hacerme ver las palmeras en el horizonte, sólo Para matarme de sed en medio del desierto?

Tardé mucho tiempo en entender que no era exactamente así. Hay cosas que son colocadas en nuestras vidas para reconducirnos al verdadero camino de nuestra Leyenda Personal. Otras surgen para que podamos aplicar todo aquello que aprendimos. Y, finalmente, algunas llegan para enseñarnos.

En mi libro Diario de un mago procuré mostrar que estas enseñanzas no están necesariamente unidas al dolor ni al sufrimiento; bastan disciplina y atención. Aun cuando esta comprensión ha significado una importante bendición en mi vida, me quedaron sin entender algunos momentos difíciles por los que pasé, incluso con la mayor disciplina y atención.

Uno de los ejemplos es el caso antes citado; yo era un buen profesional, me esforzaba al máximo para dar lo mejor de mí, y tenía ideas que hasta hoy considero buenas)l Pero lo inevitable sucedió justamente en, el momento en que yo me sentía más seguro y confiado. Pienso que no estoy solo en esta experiencia; lo inevitable ya rozó la vida de todo ser humano en la faz de la Tierra. Algunos se recuperaron, otros cedieron, pero todos nosotros hemos experimentado el roce de las alas de la tragedia.

¿Por qué? Para responderme esta pregunta, dejé que Elías me condujese por los días y noches de Akbar.

PAULO COELHO

Y prosiguió: y puedo asegurarnos que ningún profeta es bien recibido en su propia tierra.

En verdad os digo que había muchas viudas en Israel en tiempos de Elías, cuando el cielo se cerró por tres años y seis meses, reinando gran hambruna en toda la tierra; y a ninguna de ellas fue Elías enviado, sino a una viuda de Sarepta, de Sidón.

Lucas, 4, 24—26'

PRÓLOGO

A COMIENZOS DEL AÑO 870 a. J.C., una nación conocida como Fenicia —a la que los israelitas llamaban Líbano— conmemoraba casi tres siglos de paz. Sus habitantes podían enorgullecerse de sus logros; como no eran políticamente fuertes, se vieron obligados a desarrollar una envidiable capacidad de negociación, única manera de garantizar la supervivencia en un mundo asolado por constantes guerras. Una alianza hecha alrededor del año 1000 a. J.C. con el rey Salomón de Israel había permitido la modernización de su flota mercante y su expansión comercial. Desde entonces, Fenicia no había dejado de crecer.

Sus naves ya habían llegado a lugares tan distantes como España y el océano Atlántico, y hay teorías —aún no confirmadas— de que habrían dejado inscripciones en el nordeste y sur del Brasil. Transportaban vidrio, cedro, armas, hierro y marfil. Los habitantes de las grandes ciudades, como Sidón, Tiro y Biblos, conocían los números, los cálculos astronómicos, la fabricación del vino, y usaban, desde casi doscientos años atrás, un conjunto de caracteres para escribir que los griegos conocían como *alfabeto*.

A comienzos del año 870 a. J.C., un consejo de guerra reunióse en un lugar distante, llamado Nínive. Un grupo de generales asirios había decidido enviar sus tropas para conquistar las naciones situadas a lo largo de la costa, en el mar Mediterráneo. Fue Fenicia el país elegido para ser invadido en primer término.

A comienzos del año 870 a. J.C., dos hombres, escondidos en un establo de Gileade, en Israel, esperaban morir en las próximas horas.

PRIMERA PARTE

—SERVÍ A UN SEÑOR que ahora me abandona en las manos de mis enemigos —dijo Elías.

—Dios es Dios —respondió el levita—. Él no le dijo a Moisés si era bueno o malo. Se limitó a decir: Yo soy. Por lo tanto, Él es todo lo que existe bajo el sol: el rayo que destruye la casa y la mano del hombre que la reconstruye.

La conversación era la única manera de alejar el miedo; en cualquier momento, los soldados abrirían la puerta del establo donde se encontraban, los descubrirían y les ofrecerían la única elección posible: adorar a Baal —el dios fenicio— o ser ejecutados. Estaban registrando casa por casa, convirtiendo o ejecutando a los profetas.

Tal vez el levita se convirtiese, escapando así de la muerte. Pero Elías no tenía elección: todo estaba sucediendo por su culpa, y Jezabel quería su cabeza de cualquier forma.

—Fue un ángel del Señor quien me obligó a ir a hablar con el rey Ajab, y avisarle que no llovería mientras Baal fuese adorado en Israel —dijo, casi pidiendo perdón por haber escuchado lo que le dijo el ángel—. Pero Dios actúa lentamente; cuando se dejen sentir los efectos de la sequía, la princesa Jezabel ya habrá destruido a todos los que continuaron fieles al Señor.

El levita no dijo nada. Estaba reflexionando si debía convertirse a Baal o morir en nombre del Señor.

—¿Quién es Dios? —continuó Elías—, ¿es Él quien sostiene la espada del soldado que ejecuta a los que no traicionan la fe de nuestros patriarcas? ¿Fue Él quien colocó a una princesa extranjera en el trono de nuestro país, de forma que todas estas desgracias pudiesen suceder en nuestra generación? ¿Es Dios quien mata a los fieles, los inocentes, los que siguen la ley de Moisés?

El levita tomó la decisión: prefería morir. Entonces comenzó a reír, porque la idea de la muerte le había dejado de asustar. Se giró hacia el joven profeta que estaba a su lado, y procuró tranquilizarlo:

—Pregúntaselo directamente a Él, ya que dudas de Sus decisiones —dijo—. Yo ya acepté mi destino.

—El Señor no puede desear que seamos cruelmente masacrados —insistió Elías.

—Dios todo lo puede. En el caso de que se limitase a hacer sólo lo que llamamos Bien, no podríamos llamarlo Todopoderoso; Él dominaría apenas una parte del Universo, y existiría alguien más poderoso que Él vigilando y juzgando sus acciones.

En este caso, yo adoraría a este alguien más poderoso.

—Si Él todo lo puede, ¿por qué no evita el sufrimiento de quienes LO aman? ¿Por qué no nos salva en vez de dar poder y gloria a Sus enemigos?

—No lo sé —respondió el levita—, pero tiene que existir una razón, y espero conocerla en breve.

—Entonces, ¿no tienes respuesta para esta pregunta?

—No, no tengo.

Los dos se quedaron en silencio. Elías tenía un sudor frío.

—Estás aterrorizado, pero yo ya acepté mi destino —comentó el levita—. Voy a salir para acabar con esta agonía. Cada vez que oigo un grito allí fuera, sufro imaginando cómo será cuando llegue mi hora. Mientras hemos estado encerrados aquí, ya he muerto un centenar de veces, cuando podía haber muerto sólo una. Ya que voy a ser degollado, que sea lo más rápido posible.

Él tenía razón. Elías había escuchado los mismos gritos, y ya había sufrido más allá de su capacidad de resistencia.

—Me voy contigo. Estoy cansado de luchar por algunas horas más de vida.

Se levantó y abrió la puerta del establo, dejando que el sol entrase y mostrara a los dos hombres allí escondidos.

El levita lo tomó por el brazo y comenzaron a caminar. Si no hubiese sido por algún que otro grito, aquello hubiera parecido un día normal en una ciudad como cualquier otra. Un sol que no quemaba mucho y la brisa que venía del océano distante tornando la temperatura agradable, las calles polvorosas, las casas hechas de barro mezclado con paja.

—Nuestras almas están presas por el terror a la muerte, pero el día está hermoso —observó el levita—. Muchas veces, cuando yo me sentía en paz con Dios y con el mundo, la temperatura era insoportable, el viento del desierto llenaba de arena mis ojos y no me dejaba ver ni un palmo delante de mí. No siempre los planes del Señor concuerdan con el lugar donde estamos o con lo que en ese momento sentimos, pero te garantizo que Él tiene una razón para todo esto.

—Admiro tu fe.

El levita miró hacia el cielo, como si reflexionase un poco. Después se giró hacia Elías.

—Ni admires ni creas tanto: fue una apuesta que hice conmigo mismo. Aposté que Dios existe.

—Eres un profeta —contestó Elías—, también oyes voces y sabes que hay un mundo más allá de éste.

—Puede ser mi imaginación.

—Tú ya viste las señales de Dios —insistió Elías, comenzando a preocuparse con los comentarios de su compañero.

—Puede ser mi imaginación —fue de nuevo la respuesta—. En realidad, la única cosa que tengo en concreto a mi favor es mi apuesta: me dije a mí mismo que todo esto venía del Altísimo.

La calle estaba desierta. Las personas, dentro de sus casas, aguardaban a que los soldados de Ajab completasen la tarea que la princesa extranjera había exigido: ejecutar a los profetas de Israel. Elías caminaba con el levita, con la sensación de que detrás de cada una de aquellas ventanas y puertas alguien lo observaba y lo culpaba por lo que estaba sucediendo.

«No pedí ser profeta. Tal vez todo sea también fruto de mi imaginación», reflexionaba Elías. Pero, después de lo ocurrido en la carpintería, sabía que no lo era.

Desde su infancia, oía voces y conversaba con los ángeles. Sus padres le aconsejaron consultar a un sacerdote de Israel quien, después de hacer muchas preguntas, lo identificó como un nabí, un profeta, un «hombre del espíritu», aquel que «se exalta con la voz de Dios».

Después de hablar durante muchas horas seguidas con él, el sacerdote dijo a sus padres que todo lo que el niño dijese tenía que ser tomado en serio.

Cuando salieron de allí, los padres exigieron a Elías que nunca más contase a nadie lo que veía o escuchaba; ser un profeta significaba tener vínculos con el gobierno, y esto era siempre peligroso.

De cualquier manera, Elías jamás había escuchado nada que pudiera interesar a los sacerdotes o a los reyes. Se limitaba a conversar con su ángel de la guarda y escuchaba consejos respecto a su propia vida; de vez en cuando tenía visiones que no conseguía comprender: océanos distantes, montañas pobladas de seres extraños, ruedas con alas y ojos... Cuando las visiones desaparecían, él, obediente a sus padres, trataba de olvidarlas lo más rápidamente posible.

A causa de esto, las voces y las visiones fueron haciéndose cada vez más raras. Sus padres quedaron contentos y no mencionaron más el asunto. Cuando llegó a tener edad para mantenerse a sí mismo, le prestaron dinero para que abriese una pequeña carpintería.

Con frecuencia miraba con respeto a otros profetas, que caminaban por las calles de Gileade, usando mantos de piel y cintos de cuero, y decían que el Señor los había designado para guiar al pueblo elegido. Realmente, aquél no era su destino; jamás sería capaz de provocar un trance con danzas o autoflagelación, una práctica normal entre los «exaltados por la voz de Dios», porque tenía miedo al dolor. Jamás caminaría por las calles de Gileade exhibiendo orgullosamente las cicatrices de las heridas conseguidas durante los estados de éxtasis porque era demasiado tímido.

Elías se consideraba una persona común, que se vestía como los demás, y que torturaba solamente a su alma con los mismos temores y tentaciones de los simples mortales. A medida que progresaba su trabajo en la carpintería, las voces fueron cesando por completo, porque las personas adultas y trabajadoras no tienen tiempo para eso. Sus padres estaban contentos con el hijo, y la vida transcurría en armonía y paz.

La conversación con el sacerdote cuando aún era un niño pasó a ser apenas un recuerdo remoto. Elías no podía creer que Dios Todopoderoso necesitara conversar con los hombres para hacer valer sus órdenes. Lo que había sucedido en la infancia era sólo la fantasía de un muchacho que no tenía nada que hacer. En Gileade, su ciudad natal, existían algunas personas consideradas locas por sus habitantes. No conseguían decir cosas coherentes y eran incapaces de distinguir entre la voz del Señor y los delirios de la locura. Pasaban sus vidas en las calles, predicando el final del mundo y viviendo de la caridad ajena. A pesar de ello, ninguno de los sacerdotes los consideraba como «exaltados por la voz de Dios».

Elías llegó a la conclusión de que los sacerdotes jamás estaban seguros de lo que decían. Los «exaltados de Dios» eran la consecuencia de un país que no conocía su rumbo, donde los hermanos se peleaban entre sí, y donde un nuevo gobierno surgía a cada momento. Profetas y locos no se diferenciaban.

Cuando se enteró del casamiento de su rey con Jezabel, la princesa de Tiro, no le dio mucha importancia. Otros reyes de Israel ya habían hecho lo mismo, y el resultado había sido una paz prolongada en la región, con un comercio cada vez más importante con el Líbano. Poco importaba a Elías que los habitantes del país vecino creyesen en dioses inexistentes, o se dedicasen a cultos extraños, tales como adorar a animales y montañas; eran honestos en los negocios, y esto era lo que más contaba.

Elías continuó comprando el cedro que traían y vendiendo los productos de su carpintería. Aunque fuesen un poco orgullosos y les gustara llamarse a sí mismos «fenicios» (por causa del color diferente de su piel), ninguno de los comerciantes del Líbano jamás había intentado sacar provecho de la confusión que reinaba en Israel. Pagaban el precio justo por las mercaderías y no formulaban ningún comentario sobre las constantes guerras internas ni los problemas políticos que los israelitas vivían enfrentando.

Después de subir al trono, Jezabel pidió a Ajab que el culto del Señor fuese sustituido por el de los dioses del Líbano. Aquello ya había sucedido antes, por lo que Elías, aun cuando estaba indignado por la aceptación de Ajab, continuó adorando al Dios de Israel y cumpliendo las leyes de Moisés. «Ya pasará —pensaba—, Jezabel ha seducido a Ajab, pero no tendrá la fuerza suficiente para convencer al pueblo.»

Pero Jezabel no era una mujer como las otras; creía que Baal la había hecho venir al mundo para convertir a los pueblos y naciones. Con argucia y paciencia, comenzó a otorgar recompensas a todos aquellos que abandonaban al Señor y aceptaban a las nuevas divinidades. Acabó mandando erigir una casa para Baal en Samaria, y dentro construyó un altar. Las peregrinaciones comenzaron, y el culto a los dioses del Líbano se difundía por todas partes.

«Ya pasará. Tal vez demore una generación, pero pasará», continuaba pensando Elías.

ENTONCES SUCEDIÓ LO INESPERADO. Cierta tarde, cuando terminaba de hacer una mesa en su carpintería, todo su entorno se oscureció, y millares de puntos blancos comenzaron a centellear a su alrededor. Su cabeza empezó a dolerle como nunca; quiso sentarse, pero notó que no conseguía mover un solo músculo.

No era fruto de su imaginación. «Estoy muerto —pensó en ese instante—. Y ahora descubro adónde nos manda Dios después de la muerte: hacia el medio del firmamento. »

Una de las luces brilló con mas intensidad y, de repente, como venida de todos los lugares al mismo tiempo, *Vínole la palabra del Señor, diciendo:*

«Dile a Ajab que, tan cierto como vive el Señor, Dios de Israel, ante cuya presencia estás, ni rocío ni lluvia habrá en estos años, según mi palabra».

Al momento siguiente, todo volvió a ser normal; la carpintería, la luz del atardecer, las voces de los niños jugando en la calle.

Elías no había dormido aquella noche. Por primera vez en muchos años, las sensaciones de su infancia habían vuelto—, y no era su ángel de la guarda quien estaba hablando, sino «algo» más poderoso y más fuerte que él. Tuvo miedo de que, si no cumplía la orden, todos sus negocios fueran maldecidos.

A la mañana siguiente, resolvió hacer lo que le habían pedido. A fin de cuentas, era apenas el mensajero de algo que no le incumbía, una vez cumplida la tarea, las voces no volverían a molestarlo.

No fue difícil conseguir *una audiencia con* el rey Ajab. Muchas generaciones atrás, con la subida del rey Samuel al trono, los profetas habían adquirido importancia en los negocios y en el gobierno de su país. Podían casarse y tener hijos, pero debían estar siempre a disposición del Señor, para que los gobernantes jamás se alejaran del camino correcto. La tradición decía que gracias a estos «exaltados por Dios» se habían ganado muchas batallas, e Israel sobrevivía porque sus gobernantes, cuando se alejaban del camino correcto, tenían siempre un profeta cerca para hacerlos retornar a la senda del Señor.

No bien llegó, avisó al rey que una sequía asolaría la región hasta que el culto de los dioses fenicios fuera abandonado.

El soberano no dio mucha importancia a sus palabras mas Jezabel, que estaba al lado de Ajab y escuchaba atentamente lo que Elías decía, comenzó a hacer una serie de preguntas con respecto al mensaje. Elías le contó todo sobre su visión, el dolor de cabeza, la sensación de que el tiempo se había detenido mientras escuchaba al ángel. Mientras describía lo acontecido, pudo mirar de cerca a la princesa sobre la cual todos hablaban; era una de las mujeres más bellas que hubiera visto, con sus largos cabellos negros descendiendo hasta la cintura de un cuerpo perfectamente torneado. Sus ojos verdes, que brillaban en el rostro moreno, se mantenían fijos en los ojos de Elías; él no conseguía descifrar lo que querían decir, y no podía saber el impacto que sus palabras estaban causando.

Salió de allí convencido de que había cumplido su misión y podía volver al trabajo en la carpintería. Durante el camino de regreso, deseó a Jezabel con todo el ardor de sus veintitrés años. Y pidió a Dios que, en el futuro, pudiese encontrar una mujer del Líbano, porque eran bellas, con la piel oscura y los ojos verdes llenos de misterio.

TRABAJÓ DURANTE EL RESTO DEL DÍA y durmió en paz. Al día siguiente, el levita lo despertó antes de la aurora con la noticia; Jezabel había convencido al rey de que los profetas eran una amenaza para el crecimiento y expansión de Israel. Los soldados de Ajab tenían órdenes de ejecutar a todos aquellos que rehusaran abandonar la tarea sagrada que Dios les había conferido. A Elías, no obstante, no le habían dado el derecho a elegir; él debía morir.

Él y el levita pasaron dos días escondidos en el establo al sur de Gileade, durante los cuales cuatrocientos cincuenta nabí fueron ejecutados. Entretanto, la mayor parte de los profetas que andaban por las calles autoflagelándose y predicando el final del mundo por causa de la corrupción y de la falta de fe había aceptado convertirse a la nueva religión.

Un ruido seco, seguido de un grito, interrumpió los pensamientos de Elías. Alarmado, se giró hacia su compañero:

—¿Qué es eso?

Pero no obtuvo respuesta; el cuerpo del levita se desplomó en el suelo, con una flecha atravesada en el centro del pecho.

Delante de él, un soldado volvía a colocar una nueva flecha en su arco. Elías miró a su alrededor: la calle con puertas y ventanas cerradas, el sol brillando en el cielo, la brisa que venía de un océano del que tanto había oído hablar, pero jamás había conocido. Pensó en correr, pero sabía que sería alcanzado antes de llegar a la próxima esquina.

«Si tengo que morir, que no sea de espaldas», pensó.

El soldado levantó de nuevo el arco. Para su sorpresa, no sentía miedo, ni instinto de conservación, ni nada; era como si todo aquello ya estuviese definido desde mucho tiempo atrás, y los dos —tanto él como el soldado— cumplieren papeles en un drama que no había sido escrito por ellos. Se acordó de la infancia, de las mañanas y las tardes en Gileade, de los trabajos incompletos que iba a dejar en la carpintería. Pensó en su madre y su padre, que nunca desearon un hijo profeta. Pensó en los ojos de Jezabel y en la sonrisa del rey Ajab.

Pensó qué estúpido era morir con sólo veintitrés años, sin haber conocido nunca el amor de una mujer.

La mano soltó la cuerda, la flecha cortó el aire, pasó zumbando junto a su oído derecho y quedó tendida en el suelo polvoriento, detrás de él.

El soldado, nuevamente, armó su arco y le apuntó. Sólo que, en vez de disparar, miraba fijamente a Elías.

—Soy el mejor de los arqueros de todos los ejércitos de Ajab —dijo—. Hace siete años que no yerro un solo tiro.

Elías se giró hacia el cuerpo del levita.

—Esta flecha era para ti.

El soldado mantenía el arco tensado, y sus manos temblaban. Elías era el único profeta que tenía que morir; los otros podían escoger la fe en Baal.

—Entonces, termina tu trabajo.

Estaba sorprendido por su propia tranquilidad. Había imaginado la muerte tantas veces mientras estaba en el establo, y ahora veía que había sufrido más de lo necesario; en pocos segundos, todo habría terminado.

—No puedo —dijo el soldado con las manos aún temblando y el arco cambiando a cada momento de dirección—. Vete, sal de mi presencia, porque pienso que Dios desvió mis flechas, y me maldeciría si yo consiguiera matarte.

Fue entonces que, a medida que descubría que tenía oportunidad de sobrevivir, el pavor de la muerte comenzó a volver. Aún existía la posibilidad de conocer el océano, encontrar una mujer, tener hijos y terminar sus trabajos en la carpintería.

—Acaba con esto ya —dijo—. En este momento estoy tranquilo. Si tardas mucho, sufriré por todo lo que estaré perdiendo.

El soldado miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie había presenciado la escena. Después bajó el arco, colocó la flecha en el bolso y desapareció por la esquina.

Elías sintió que las piernas comenzaban a flaquear; el terror volvía con toda su intensidad. Tenía que huir inmediatamente, desaparecer de Gileade, nunca más tener que estar frente a frente con un soldado con el arco tensado apuntando a su corazón. No había escogido su destino, ni había ido a buscar a Ajab para poder vanagloriarse con sus vecinos de que conversaba con el rey. No era responsable de la masacre de los profetas; no era ni siquiera responsable por haber visto cierta tarde detenerse el tiempo en la carpintería y transformarse en un agujero negro, lleno de puntos luminosos.

Repitiendo el gesto del soldado, miró a todos lados; la calle estaba desierta. Pensó en comprobar si aún podía salvar la vida del levita, pero pronto volvió el terror y, antes de que alguien apareciese, Elías huyó.

CAMINÓ DURANTE MUCHAS HORAS, internándose por senderos abandonados desde mucho tiempo atrás, hasta llegar a las márgenes de un riachuelo llamado Querite. Sentía vergüenza de su cobardía, pero se alegraba de estar vivo.

Bebió un poco de agua, se sentó, y sólo entonces percibió la situación en que se encontraba: al día siguiente necesitaría alimentarse y no tendría cómo encontrar comida en el desierto.

Se acordó de la carpintería, del trabajo de tantos años y al que ahora estaba obligado a abandonar. Algunos vecinos eran amigos suyos, pero no podía contar con ellos; la historia de su fuga ya se habría difundido por la ciudad, y todos lo odiarían por haber escapado, mientras enviaba a los verdaderos hombres de fe al martirio.

Todo lo que había hecho hasta entonces estaba perdido, sólo porque había creído cumplir la voluntad del Señor. Mañana —y en los próximos días, semanas y meses— los comerciantes del Líbano seguirían golpeando a su puerta, y alguien les diría que el dueño había huido, dejando tras de sí un rastro de muertes de profetas inocentes. Quizás dijese también que él había intentado destruir a los dioses que protegían la tierra y los cielos; la historia pronto cruzaría las fronteras de Israel, y ya podía renunciar para siempre al casamiento con una mujer tan bella como las que; vivían en el Líbano.

«Existen los barcos.»

Sí, existían los barcos. Los criminales, los prisioneros de guerra, los fugitivos, solían ser aceptados como marineros, porque era una profesión más peligrosa que el ejército. En la guerra, un soldado siempre tenía alguna oportunidad de escapar con vida; pero los mares eran desconocidos, estaban poblados de monstruos y, cuando una tragedia ocurría, no quedaba nadie para contar la historia.

Existían los barcos, pero eran controlados por los comerciantes fenicios. Elías no era un criminal, ni un prisionero, ni un fugitivo, pero había osado levantar su voz en contra del dios Baal. Cuando lo descubrieran, lo matarían y lo tirarían al mar, porque los marineros creían que Baal y sus dioses controlaban las tempestades.

No podía ir, por lo tanto, en dirección al océano. No podía seguir para el norte, pues allí estaba el Líbano. No podía ir hacia el oriente, donde algunas tribus israelitas mantenían guerras que ya duraban dos generaciones. Se acordó de la tranquilidad que había sentido delante del soldado; al fin y al cabo, ¿qué era la muerte? La muerte era un instante, nada más que eso. Aunque sintiese dolor, pasaría en seguida, y entonces el Señor de los Ejércitos lo recibiría en su seno.

Se acostó en el suelo y se quedó mucho tiempo mirando el cielo. Como el levita, procuró hacer su apuesta. No era una apuesta sobre la existencia de Dios —porque no tenía dudas de eso—, sino sobre la razón de su vida.

Vio las montañas, la tierra que sería asolada por una larga sequía —así se lo había dicho el ángel del Señor— pero que aún conservaba la frescura de muchos años de lluvias generosas. Vio el riachuelo Querite, cuyas aguas en breve dejarían de correr. Se despidió del mundo con fervor y respeto, y pidió al Señor que lo acogiese cuando llegase su hora.

Pensó en cuál era el motivo de su existencia, y no obtuvo respuesta.

Pensó hacia dónde debía ir, y descubrió que estaba cercado.

Al día siguiente volvería y se entregaría, a pesar de que el miedo a la muerte hubiese retornado.

Intentó alegrarse por saber que aún continuaría vivo algunas horas. Pero fue inútil; acababa de descubrir que, en casi todos los días de su vida, el hombre no tiene el poder de tomar decisiones.

ELÍAS SE DESPERTÓ AL DÍA SIGUIENTE, y contempló nuevamente el Querite. Mañana, o dentro de un año, sería apenas un camino de arena fina y piedras redondas. Los antiguos habitantes continuarían refiriéndose al lugar como Querite, y tal vez indicasen la dirección a quien pasaba diciendo: «tal lugar queda a orillas del río que pasa por aquí cerca». Los viajeros irían hasta allí, verían las piedras redondas y la arena fina y se dirían: «aquí, en esta tierra, hubo un río». Pero la única cosa importante en un río, su caudal de agua, ya no estaría allí para matar la sed.

También las almas —como los ríos y las plantas— necesitaban un tipo diferente de lluvia: esperanza, fe, razón de vivir. Cuando esto no sucedía, todo en aquella alma moría, aun cuando el cuerpo continuase vivo; y las personas podían decir que «aquí, en este cuerpo, hubo un hombre».

Pero no era el momento de estar pensando en eso. Nuevamente recordó la conversación con el levita, poco antes de que salieran del establo: ¿para qué estar muriendo tantas muertes, si bastaba apenas una? Todo lo que tenía que hacer era quedarse esperando a los guardias de Jezabel. Ellos llegarían, sin duda alguna, pues no había muchos lugares para escapar de Gileade; los criminales siempre iban al desierto, —donde eran encontrados muertos en cuestión de días— o al Querite, donde terminaban siendo capturados.

Por consiguiente, en breve los guardias estarían allí. Y él se alegraría al verlos.

Bebió un poco del agua cristalina que corría a su lado. Lavó su rostro y buscó una sombra donde pudiese esperar a sus perseguidores. Un hombre no puede luchar contra su destino: él ya lo intentó, y había perdido. A pesar de haber sido reconocido por los sacerdotes como un profeta, resolvió trabajar en una carpintería; pero el Señor lo había reconducido a su camino.

No había sido el único en intentar abandonar la vida que Dios había escrito para cada persona en la Tierra. Tuvo un amigo con una excelente voz, a pesar de lo cual sus padres no aceptaron que se hiciera cantante, porque era una profesión que consideraban deshonrosa para la familia. Una de sus amigas de la infancia bailaba como nadie, y su familia le prohibió hacerlo, pues podía ser llamada por el rey, y nadie sabía cuánto tiempo podía durar un gobierno. Además, el ambiente del palacio era considerado pecaminoso, hostil, y alejaba para siempre la posibilidad de un buen casamiento.

«El hombre nació para traicionar a su destino.» Dios colocaba en los corazones tareas imposibles.

«¿Por qué?»

Quizás porque era necesario mantener la tradición.

Pero esa no era una buena respuesta.

«Los habitantes del Líbano son más avanzados que nosotros porque no se limitaron a seguir la tradición de los navegantes. Cuando todo el mundo usaba siempre el mismo tipo de barco, ellos resolvieron construir algo diferente. Muchos perdieron su vida en el mar, pero sus barcos fueron gradualmente perfeccionándose, y ahora dominan el comercio del mundo. Pagaron un precio alto para adaptarse, pero valió la pena.»

Quizás el hombre traicionase a su destino porque Dios ya no estaba cerca. Él había colocado en los corazones los sueños de una época en la que todo era posible, y después se fue a ocuparse de asuntos nuevos. El mundo se transformó, la vida se hizo más difícil, pero el Señor nunca retornó para cambiar los sueños de los hombres.

Dios estaba distante. Pero si aún enviaba a los ángeles para hablar con sus profetas, era porque aún quedaba algo por hacer aquí. Entonces, ¿cuál sería la respuesta?

«Quizás porque nuestros padres se equivocaron y tengan miedo de que cometamos los mismos errores. Quizás nunca se equivocaron y, por lo tanto, no sabrán cómo ayudarnos cuando tengamos algún problema.»

Sentía que se estaba acercando.

El riachuelo corría a su lado, algunos cuervos revoloteaban en el cielo y las plantas insistían en vivir en el terreno arenoso y estéril. Si hubieran escuchado a sus antepasados ¿qué habrían oído?

«Riachuelo, busca un lugar mejor para hacer que tus aguas lípidas reflejen la claridad del sol, ya que el desierto terminará por secarte», decía un dios de las aguas, en el caso de que existiese. «Cuervos, hay más alimento en los bosques que entre las rocas y la arena», decía el dios de los pájaros. «Plantas, echad vuestras semillas lejos de aquí, porque el mundo está lleno de tierra fértil y húmeda y vosotras creceréis más bellas», habría dicho el dios de las flores.

Pero tanto el Querite como las plantas, como los cuervos, uno de los cuales se había posado cerca, tenían el coraje de hacer lo que otros ríos, pájaros y flores juzgaban imposible.

Elías clavó su mirada en el cuervo.

—Estoy aprendiendo —le dijo al pájaro—, aunque sea un aprendizaje inútil, porque estoy condenado a morir.

—Has descubierto lo fácil que es todo —pareció responder el cuervo—. Basta tener coraje.

Elías se rió, porque estaba colocando palabras en la boca de un pájaro. Era un juego divertido, que había aprendido con una mujer que hacía pan, y decidió continuar. Haría las preguntas y se daría a sí mismo una respuesta, como si fuese un verdadero sabio.

El cuervo, no obstante, levantó vuelo. Elías continuó aguardando la llegada de los soldados de Jezabel, porque bastaba con morir una vez.

El día pasó sin que nada nuevo sucediera. ¿Habrían olvidado que el principal enemigo del dios Baal todavía estaba vivo? ¿Por qué Jezabel no lo perseguía, si debía de saber dónde estaba?

«Porque vi sus ojos, y es una mujer sabia —se dijo a sí mismo—. Si yo muriera me transformaría en un mártir del Señor. Si yo soy considerado sólo un fugitivo, seré apenas un cobarde que no creía en lo que estaba diciendo.»

Sí, seguramente ésta era la estrategia de la princesa.

Poco antes de caer la noche, un cuervo —¿sería el mismo?— volvió a posarse en la rama donde lo había visto aquella mañana. Traía en su pico un pequeño pedazo de carne que, inadvertidamente, dejó caer.

Para Elías fue un milagro. Corrió hasta debajo del árbol, recogió el pedazo y lo comió. No sabía de dónde procedía, ni le interesaba; lo importante era matar un poco su hambre.

A pesar del movimiento brusco, el cuervo no se apartó.

«Este pájaro sabe que me moriré de hambre aquí —pensó Elías—. Alimenta su caza para poder tener un banquete mejor.»

Jezabel también alimentaba la fe en Baal con la historia de la fuga de Elías.

Durante algún tiempo quedaron —hombre y pájaro— contemplándose mutuamente. Elías se acordó del juego que había inventado esa mañana.

—Me gustaría hablar contigo, cuervo. Esta mañana pensaba que las almas necesitan alimento. Si mi alma no murió de hambre, aún tiene algo que decir.

El ave continuaba inmóvil.

—Y, si tiene algo que decir, debo escucharla. Porque no tengo a nadie más con quien hablar —continuó Elías.

Entonces, usando su imaginación, se transformó en el cuervo:

—¿Qué es lo que Dios espera de ti? —se preguntó a sí mismo, como si fuese el cuervo.

—Espera que yo sea un profeta.

—Fue esto lo que los sacerdotes dijeron; pero tal vez no sea esto lo que el Señor desee.

—Sí, es esto lo que Él quiere, pues un ángel apareció en la carpintería y me pidió que hablase con Ajab. Las voces que yo oía en la infancia...

—...Que todo el mundo oye en la infancia —interrumpió el cuervo.

—Pero no todo el mundo ve a un ángel —dijo Elías.

Esta vez, el cuervo no respondió nada. Después de algún tiempo el ave —o mejor dicho, su propia alma, que deliraba con el sol y la soledad del desierto— quebró el silencio.

—¿Te acuerdas de la mujer que hacía pan? —se preguntó a sí mismo.

Elías se acordaba. Ella había ido a pedirle que le hiciera algunas bandejas. Mientras Elías las hacía, la oyó decir que su trabajo era la manera de expresar la presencia de Dios.

—Por la manera en que haces estas bandejas, veo que tienes la misma sensación —había proseguido ella—. Porque sonrías mientras trabajas.

La mujer dividía a los seres humanos en dos grupos: los que se alegraban y los que se quejaban de lo que hacían. Estos últimos afirmaban que la maldición lanzada por Dios a Adán era la única verdad: «*maldita es la*

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

